

UNAS ELECCIONES HISTORICAS

A medida que pasan los días, vamos entrando más decididamente en el proceso electoral y se van perfilando más claramente los riesgos y posibilidades y la importancia de unas elecciones que, sin duda, van a constituir uno de los acontecimientos históricos de mayor trascendencia de los últimos años.

Escribo este artículo con una clara preocupación, nacida a la vez del deseo de que las elecciones constituyan, efectivamente, un ejemplo de participación pacífica del pueblo español en la construcción de su destino, y del temor de que ese deseo pueda verse defraudado por lo que está ocurriendo, por lo que vaya a ocurrir de aquí al 15 de junio y por lo que ocurra después.

No es la primera vez que digo que la democracia depende muy esencialmente del comportamiento de las personas y que no bastan ni las grandes palabras de los discursos ni siquiera la letra impresa en las disposiciones oficiales.

Si cuando el proceso electoral está a punto de enfilarse su recta final, en vez de ser tolerantes somos intransigentes; si en vez de la moderación imponemos la violencia; si el diálogo lo convertimos en disputa y las discrepancias en lucha abierta, y si en vez de dejar al pueblo expresarse con libertad se le manipula, se le confunde y se le engaña, podremos hacer las elecciones y decir que el pueblo ya dejó oír

su voz, podremos llenar los periódicos de los próximos días y los boletines de los próximos meses con la palabra democracia, pero corremos el riesgo de que no llegue a haber verdadera democracia en España, como no la hubo, en realidad, durante tantos periodos de nuestra historia, oficial y clamorosamente llamados liberales y demócratas.

Si la herencia de las próximas elecciones fueran unas Cortes ingobernables y un pueblo defraudado e incapacitado para creer en los políticos que le gobiernen, enfrentado y dividido, de modo que no sea posible después la pacífica convivencia en pueblos y ciudades, en empresas y talleres, en lugares de vida colectiva, el proceso electoral habría dejado tras sí una situación poco propicia para resolver los graves problemas de todo tipo que tiene España.

Por eso es tan importante el proceso electoral. Por eso es tan decisivo que su desarrollo sea "limpio" y que la expresión del voto sea libre. Y coaccionan y condicionan la libertad del pueblo tanto quienes le amenacen con actitudes violentas como quienes falsifiquen la verdad o intenten la manipulación de las candidaturas desde posiciones de ventaja o de poder, desde las que pueden luego influir en el resultado final de las elecciones a través de los mil medios que el poder supone. Por eso es esencial la completa imparcialidad del Gobierno, así como que la violencia, la falsificación de la verdad y las viejas maniobras electoreras, que empiezan en la composición de las candidaturas y acaban en la manipulación de la propaganda y de los votos, sean desterradas de la confrontación electoral.

Entristece ver que lo que está ocurriendo estos días recuerda más los viejos trucos y artimañas de la democracia de hace cincuenta o cien años que el propósito de construir una democracia moderna para el futuro de nuestro pueblo.

A pesar de que no puedo ocultar mi preocupación, a la vista del panorama electoral y de cómo están desarrollándose las cosas, pienso que todavía hay tiempo para reflexionar sobre la trascendencia de lo que vamos a hacer y para corregir defectos y errores de planteamiento.

MI preocupación tiene un primer punto de apoyo en la consideración de la multiplicidad y dispersión de grupos y

grupitos políticos, que pueden llevar al electorado español a la confusión, en vez de orientar su voto, y que pueden dar un resultado final que haga difícil la tarea que las instituciones tendrán que realizar después. Por eso veo con satisfacción cualquier movimiento de verdadera integración de grupos en torno a claras opciones y programas políticos de futuro, y me preocupan las simples coaliciones de partidos y partidillos, sin verdadera conexión interna ni otro objetivo aparente que asegurarse las actas en las elecciones. Y me preocupa todavía más que, incluso desde ámbitos oficiales, se susciten nuevas candidaturas, curiosamente llamadas "independientes", que contribuyen a la desorientación en el proceso electoral y convierten en una incógnita de riesgo incalculable el futuro de las próximas Cortes.

Mi preocupación está también basada en las maniobras que se producen en el seno de los partidos o coaliciones, o desde fuera de ellos, con presiones de todo tipo e injerencias de quienes deberían ser "imparciales" en todo el proceso, para provocar uniones o desuniones, compromisos o deserciones, anticipando ya en este período preelectoral la seria preocupación de que las elecciones no vayan a ser "limpias".

TAL vez no tengamos conciencia de cómo puede erosionarse, de cómo se está erosionando ya la credibilidad popular en las próximas elecciones, a la vista de lo que trasciende de las injerencias oficiales u oficiosas, y de las luchas y zancadillas intestinas en el seno de partidos y coaliciones, y de la importancia que esto va a tener luego, a la hora de que el pueblo acepte el resultado, la representación, el liderazgo y la autoridad de los que resulten elegidos. Si nos ofuscamos con las elecciones y creemos que los problemas acaban en ellas, nos equivocamos; los problemas más serios vienen luego, y Dios quiera que no los hagamos insolubles por los comportamientos electorales.

Finalmente me preocupa que se empiece a jugar con la violencia. Las elecciones no sólo deben ser claras en cuanto a las opciones políticas; limpias en cuanto al proceso de formación de candidaturas y de manifestación del voto; deben ser, además, pacíficas. Nadie debe

Licinio DE LA FUENTE

(Continúa en pág. sigte.)

ELECCIONES

(Viene de la pág. anterior)

considerarse en posesión absoluta de la verdad, y creo que es posible la defensa apasionada de las ideas en que uno cree con el respeto a las ideas de los demás y con la aceptación responsable del resultado final. Los partidos y los candidatos deben poder exponer con toda amplitud y libertad sus programas, y la lucha debe centrarse en demostrar que sus soluciones son mejores que las demás, no en impedir por la violencia que éstas sean expuestas, o en coaccionar con amenazas la voluntad de los electores.

Cada español debe poder ilustrar su juicio sin sentirse coaccionado o manipulado, y debe poder ir a votar por su opción política preferida sin temores ni sobresaltos.

EN esta línea de coacción sobre el electorado me ha extrañado leer que se ha dicho que el triunfo de Alianza Popular supondría la lucha abierta en calles y talleres, dando a entender que su triunfo democrático no sería aceptado ni respetado. ¿Es una amenaza? ¿Es un juicio de valor? ¿Es un recurso "electorero" para coaccionar a una parte del sector conservador? En cualquier caso, es un ejemplo de lo que no me gustaría que se convirtiera en arma electoral y que me ha extrañado más por utilizarla una persona normalmente mesurada en sus planteamientos y que merece mi respeto aunque no comparta sus ideas.

Cuando el pueblo anda preocupado y confuso, entre el miedo y la esperanza, todos deberíamos intentar que la esperanza fuera la principal de las bazas electorales.

Licinio DE LA FUENTE